

“Ese pueblo que yo me he formado

Contará mis alabanzas” *

Is. 43,21

Hna. Mag. Rosmery Castañeda Montoya**

Resumen.

El Sínodo sobre la “Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia”, no nos puede pasar por alto a nosotros los consagrados. La escucha atenta y el ejercicio de compartir la Palabra en la comunidad nos han ayudado a descubrir el sentido profundo de nuestra vocación como signo y expresión de la Alianza de Dios con su pueblo. La vida religiosa que hemos abrazado no es un modelo ético, sino una pasión, una aventura, un riesgo, un itinerario a recorrer con los ojos y los oídos abiertos y en el que la única brújula que guía a la meta es la de la misericordia y la ternura. El contacto habitual con la Palabra es algo que todos los religiosos y religiosas cuidamos con esmero porque sabemos que allí vamos a encontrar la fuente capaz de colmar nuestra sed y el agua que hemos de compartir con muchos hombres y mujeres que, en nuestra sociedad, buscan aliviar su sed con tantos sucedáneos que no son capaces de colmarla.

Palabras clave.

* Artículo de investigación en la Línea Método y Conocimiento Teológico. Grupo de Investigación Teología Crítica, Fundación Universitaria Luis Amigó, Medellín (Colombia).

** Dominica de la Presentación. Especialista en Catequesis del Salesianum de Roma, Magíster en Teología Bíblica de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma y con estudios Bíblicos en el Departamento Ecuménico de Investigaciones de Costa Rica. Ha colaborado en la formación Humana y Espiritual de la Vida Consagrada, tanto a nivel de la Vida Monástica, como en la Vida religiosa Apostólica.

Palabra de Dios, misión, vocación, predicación, familia.

Abstract

We consecrates cannot ignore the synod about “The word of god in life and mission of the church”. Aspects like listening intently and the exercise of going along with the Word within our community have helped us discover the deep meaning of our vocation as a sing and expression of the alliance that God made with his people. The religious life that we have chosen is not an ethical model, but passion, adventure, risk, schedule to follow with our open eyes and ears in which the only way to reach the goal is through compassion and love. The everyday contact with the Word is something that religious people care for deeply, for we know that we approach it in order to find the source that will quench our thirst and the water that we are to share with men and women that in our society precisely need to satisfy their thirst too because other substitutes cannot do so.

Al concluir el sínodo sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia, se le han propuesto al Papa 55 proposiciones. Entre las proposiciones presentadas hay una directamente relacionada con la Vida Consagrada. Es la proposición número 24 y reza así:

“La vida consagrada nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. En la escuela de la Palabra, redescubre continuamente su identidad y se convierte en “evangelica testificatio” para la Iglesia y para el mundo. Llamada a ser “exégesis” viviente de la Palabra de Dios, es ella misma una palabra con la cual Dios sigue hablando a la Iglesia y al mundo”.

Nuestro caminar hacia Dios y de Dios hacia nosotros, se fortalece, se sintetiza y se condensa – asumiendo un ritmo cotidiano – en la escucha de la Palabra. Si leemos la imagen emblemática del pueblo de Dios a través del desierto, podemos

decir que la Palabra es el maná del buscador de Dios. En su alforja de viandante no hay nada más que este pan del camino que la providencia del Padre le ha dado como “ración diaria”: “Que cada uno recoja cuanto necesite para comer” (Ex 16,16). Cada día esta Palabra nos nutre: nos desvela a Dios y su querer, nuestra vocación y nuestra identidad, a través de una revelación progresiva y ligada a la vida. A través de su Palabra, Dios hace cada día experiencia con nosotros y, al mismo tiempo, nosotros hacemos experiencia de Dios. El Padre nos prueba y nos seduce, y nosotros descubrimos aspectos siempre nuevos de su paternidad y de su proyecto sobre nosotros.

Es importante y necesario que el consagrado abra su jornada con la lectura de la Palabra: **“Antes de que salga el sol, ya te suplico, espero en tu Palabra”** (Sal 118,147); y la Palabra que la comunidad de fe lee en común en la *liturgia del día*, debe experimentarla como el alimento cotidiano, dado a todos según la necesidad de cada uno.

La actitud de María respecto a la Palabra puede considerarse ejemplar. Ella es en verdad *virgen* también en la escucha: en ella, la virginidad no es simplemente un aspecto particular de su vida, como una mera contingencia eventual, sino que es condición existencial, actitud del corazón, de la mente, de la voluntad. Un modo de estar ante Dios y ante los acontecimientos de la vida. María no violenta la Palabra, ni siquiera con la pretensión de comprenderla y por esto la Palabra puede habitar en ella. Luego vendrá el momento en que resplandecerá con toda su claridad de significado.

Si nos acercamos a la Palabra con actitud de los verdaderos buscadores de Dios, en nuestra vida las cosas se explicaran por si mismas. A todo lector, interesado existencialmente, se le da el espíritu para aprender, comprender y formarse teológicamente. Por eso, el comentario hebreo no quiere imponer nunca su razonamiento o una idea, sino que quiere ser una guía espiritual a través del

espíritu que habita en cada persona; tampoco es su objeto explicarlo todo, sino que, respetando la libertad y la situación de cada individuo, sólo quiere abrir “huecos” para escuchar la Palabra.

**“LAS PALABRAS DE YAHVÉ SON PALABRAS LIMPIAS,
PLATA REFINADA A RAS DE TIERRA, SIETE VECES PURIFICADA”**

(Ps 12,7)

“Redescubrir la Palabra de Dios en su totalidad, en su grandeza y en su riqueza inagotables” (Sínodo sobre la Palabra)

Si la Escritura puede compararse con un diamante en bruto, la exégesis sería el sabio tallado que se lleva a cabo a través de una transmisión continua, de generación en generación; ésta hace que el diamante resplandezca a través de sus innumerables caras, que resultan siempre nuevas. ¡Nadie es capaz de abarcárlas todas y nunca debería cesar el trabajo de los talladores! Un midrash al salmo 12 resume muy bien la metodología de la exégesis hebrea: al igual que la plata cuando se funde debe ponerse en el crisol hasta que resplandezca en toda su belleza, así también la Torá se refina de cuarenta y nueve maneras a través del estudio. Refinada siete veces siete. ¿Qué es lo que quiere decirse con esto? Dijo Rabbí Johanan ben Pazzi: “Significa que la Torá se interpreta de cuarenta y nueve maneras distintas”.

Este es el significado de la afirmación del salmo: ¡“Las palabras del Señor son puras... plata refinada en el crisol, purificada en el fuego siete veces siete”!

(Midrash Tehillim. El número 49 (7x7)) expresa la totalidad.

San Pablo nos dice: “*Examinadlo todo y quedaos con lo bueno*”. Esta palabra se puede aplicar también a la exégesis de la tradición. La Biblia está abierta para

cualquier lector. La Palabra de Dios está destinada a ser predicada a todos los pueblos de todos los tiempos y de todas las culturas. En estos últimos dos mil años de cristianismo, la propagación de la Palabra de Dios y para usar la hermosa expresión paulina el correr de la Palabra (cf. 2 Tes 3,1) sigue el itinerario trazado por el Espíritu Santo. Comienza en Oriente, viaja por todo el Occidente y, desde allí, va llegando a cada pueblo y a cada persona que quiere acogerla. A lo largo de estos viajes, la Biblia crece y se enriquece continuamente.

La Biblia está abierta para ser comprendida por las distintas culturas, de aquí que la Palabra de Dios puede ser traducida sin ningún problema a diferentes idiomas y transformada para ser presentada en los distintos tipos de comunicación humana, esto parece bastante obvio si consideramos el hecho de que, hasta hoy, la Biblia – al menos en parte, se ha traducido aproximadamente a más de 2.000 lenguas, y ha sido expresada mediante la poesía, la música, el arte, la danza, el cine..., y se le reconoce como “El Gran Código” del arte y de la literatura. Esta es una característica propia de las Escrituras cristianas, que generalmente, no comparten otros escritos sagrados. En comparación con las escrituras de otras religiones, se destaca esta particularidad de la Biblia. Muchas religiones, desde las circunscritas a un cierto grupo étnico, hasta las ampliamente difundidas por todo el mundo, mantienen rígidamente, como normativos, el lenguaje y la cultura de sus comienzos. Es difícil, por ejemplo, imaginar que un seguidor del Shinto utilice un idioma distinto al japonés, o que un seguidor del Tao emplee un idioma distinto al chino para leer sus escrituras. Un judío ortodoxo continúa hasta el día de hoy, leyendo y rezando la Biblia en hebreo; un musulmán siempre considera como normativo el Corán, escrito en árabe, y los sacerdotes brahmanes hindúes aún usan los textos litúrgicos en sánscrito. La idea de poner música a sus textos sagrados, de adaptarlos al teatro o a películas, así como lo hacemos los cristianos con la Biblia, es impensable.

La apertura de la Biblia cristiana a la variedad de lenguas y de culturas no puede explicarse simplemente como el resultado de los esfuerzos de la evangelización y de la expansión misionera mundial del cristianismo; la motivación teológica profunda la hallamos en la naturaleza misma de la Biblia.

LA PALABRA SE NOS ENTREGÓ

Yo uso esta palabra “**ENTREGÓ**” no solamente porque expresa el sentido de humildad y de confianza que Dios tiene con la humanidad, al escoger el lenguaje humano como medio de comunicación, sino, también, por el significado cristológico de la palabra (Encarnación) implícita en los Evangelios. De hecho, la Biblia cristiana no sólo contiene el mensaje de Cristo sino que refleja su misterio. Es como un **ícono de Cristo**, que testimonia su continua presencia y que prolonga su esperanza en el mundo y en la historia.

De manera especial, la Biblia refleja y testifica el misterio de la Encarnación y de la Pascua. En la Encarnación, Dios se entrega al mundo escondiéndose en la humildad de la naturaleza humana; en las Escrituras, Dios se oculta en la humildad de la palabra humana, acomodándose completamente a la contingencia histórica, a la pobreza y a la fragmentación del lenguaje humano. La sabiduría infinita establece su morada en un libro. La Palabra de Dios accede a encerrarse dentro del espacio limitado de un texto, acepta incluso morir dentro de la rigidez de la palabra escrita, y renacer día a día en el espacio vital e ilimitado de contextos muy diferentes, ofreciendo vida a un infinito número de lectores, de todos los tiempos y de todas las culturas.

COMO LAS ARENAS DEL MAR “... en ti serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gen 12,3). Una de las características de la acción de Dios en medio de nosotros puede observarse en lo que se revela al comienzo de la historia de Israel, cuando Dios dio la promesa a Abraham. Yo pienso que esta lógica es válida

también para la Biblia: de una Biblia a muchas Biblias. Dentro de la misma Biblia encontramos indicaciones de esta universalidad del texto escrito y de la necesidad de su multiplicación en varias lenguas y contextos. Voy a señalar dos de estas indicaciones.

La primera es el texto de la crucifixión de Jesús en el Evangelio según San Juan (Jn 19,19-22). En el letrero colgado en la cruz, Pilatos mandó escribir la frase Jesús de Nazaret, Rey de los judíos, en tres lenguas: hebreo, latín y griego. Estos tres idiomas representan tres mundos: el religioso, el cultural y el político-social en el tiempo de Jesús. Todos sus contemporáneos de cualquier lengua y origen, tenían la posibilidad de comprender esta revelación del señorío universal de Jesucristo. Así, pues, el mensaje de la cruz debe escribirse en muchas lenguas y proclamarse hasta los confines de la tierra, en las formas y términos más universales. Todos los pueblos, todas las lenguas, todas las culturas deben ser conducidos a Jesús, como él mismo dijo: “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos los hombres hacia mí” (Jn 12,32).

El segundo texto es el de Pentecostés. Todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las grandezas de Dios (Hechos 2,7-19). Las obras de Dios son trans culturales; encuentran un hogar en todas las culturas. La Palabra de Dios es universal, puede proclamarse en cualquier lengua. Pentecostés ofrece la visión de una nueva humanidad, en contraste con la descrita en la narración de la torre de Babel. Allí, la pluralidad de lenguas creó una confusión que llevó a la separación. Aquí, en cambio, se convierte en riqueza que conduce al asombro y a la alabanza. Todos reciben la misma “buena noticia”, cada uno en su propia lengua y con la propia identidad cultural.

LA PALABRA DE DIOS CRECÍA

(Hechos 6,7; 12, 24, 13, 49,19, 20).

A Lucas le encanta describir el avance de la misión de la Iglesia **con el correr** de la Palabra, expresión muy sencilla pero que lo dice todo. Es verdad que hubo un momento en el que la Palabra de Dios, quedó fijada por escrito. Esta no creció en cantidad o en contenido, pero si creció en número de copias y traducciones, así como en varias y numerosas ediciones. Pero también hubo otro crecimiento aún más poderoso, aunque oculto y no mensurable. La realidad de la Biblia no ha cesado de crecer a lo largo de la prolongada historia de la Iglesia: ha crecido en credibilidad, gracias a aquellos que viven la realidad bíblica y la testimonian; ha crecido en profundidad significativa, como lo demuestran los estudios exegéticos y teológicos; ha crecido en vitalidad, gracias a las celebraciones litúrgicas y a la acción pastoral; ha crecido en universalidad, popularidad y relevancia cultural, con su penetración en los distintos contextos socio-culturales.

En una de sus más célebres afirmaciones acerca de la Biblia, Gregorio Magno afirmó: *la Escritura crece con quien la lee*. La Escritura crece por el solo esfuerzo de leerla. Se trata de un crecimiento simultáneo, tanto del lector como de la Palabra, o, mejor aún, del lector con la Palabra y de la Palabra con el lector.

Ninguna cultura es impenetrable para la Palabra de Dios. El documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia, publicado en 1993, reconoce claramente que *la interpretación de un texto depende siempre de la mentalidad y de las preocupaciones de sus lectores*. Por lo tanto, los esfuerzos de inculturación deben ser continuos. Al hablar concretamente de los países donde la evangelización se halla en sus comienzos, la Comisión Bíblica afirma: “*Los misioneros aportan inevitablemente la Palabra de Dios bajo la forma ya inculturada en sus países de origen. Las nuevas Iglesias locales deben realizar grandes esfuerzos para pasar de esta forma extranjera de inculturación de la Biblia, a otra forma que corresponda a la cultura del propio país*” (IV B). Podríamos hablar de una peculiar sensibilidad hermenéutica que es una nota característica que se integra en la riqueza y armonía de esta maravillosa aventura

universal de la interpretación de la Palabra de Dios. Veamos algunos aspectos de esta sensibilidad hermenéutica.

UNA COSA HA DICHO DIOS; DOS COSAS LE HE OÍDO (*Sal 62,12*). Leer más allá de la palabra escrita. Este versículo lo han usado los rabinos en la hermenéutica bíblica para ilustrar el significado desbordante de la Escritura, donde lo “más” reside en lo “menos”. Cada palabra, cada letra en la Biblia conlleva una carga de significado que va mucho más allá de su capacidad. Tal como lo indica E. Lévinas, cada palabra es una maravillosa concentración de lo infinito, de forma que el lector debe ir más allá del versículo. Por eso, la interpretación bíblica es potencialmente infinita.

El lector oriental está más abierto a intuir lo infinito, debido tal vez, al estilo de la escritura oriental que lo predispone a esta dimensión. Antiguamente, los hebreos leían las Escrituras de acuerdo con un sistema alfabético formado por consonantes. Las vocales no se escribían, de tal manera que parecía como si un aliento de vida invisible animara y diera sentido a la serie de consonantes, cuando las vocales las transformaban en una palabra. Las vocales son flexibles, variables, móviles, definidas por el lector en cada lectura; mientras que las consonantes son fijas, ordenadas de cierta manera y están a la espera de que se revele su significado.

Las escrituras orientales, tienden a llevar a los lectores más allá de las letras y de los signos. El significado de las palabras no es el resultado de la combinación lógica de elementos sueltos; es, más bien, algo evidente por sí solo, se revela a sí mismo, no tanto por un análisis racional de las partes, sino por la consideración de la totalidad. En el proceso de lectura, la relación entre el lector y el texto, entre el medio y el mensaje, es dinámica y simbólica, con abundante espacio para la interacción creativa.

La tendencia a trascender el aspecto material de la palabra escrita prepara la visión para buscar lo no escrito, lo no dicho, lo no expresado; para descubrir ese silencio que alimenta y da profundidad y consistencia a la Palabra.

Los orientales valoran el espacio en blanco y el silencio. No les gusta hacer largos comentarios o dar largas explicaciones de sus escrituras religiosas o de sus libros clásicos, porque la fecundidad de la **palabra** no se encuentra en la multiplicación de la misma.

Estas características de la cultura oriental facilitan la lectura de la Biblia como algo siempre nuevo. La revelación se reproduce sin interrupción. Efrén, el sirio, uno de los Padres de la Iglesia oriental, compara las Escrituras con una fuente de agua diciendo: “Es la fuente la que satisface tu sed, no tu sed la que agota la fuente”. La lectura de la Biblia nunca debe reducirse a una decodificación técnica del texto.

El lector que se acerca al texto sin excesivos pretextos y predicciones sobre los resultados, es abierto, humilde, agradecido y está dispuesto a acoger la sorpresa para sumergirse en el infinito, en el silencio del asombro.

El hecho de trascender el texto debe enraizarse en una conciencia histórica del mismo texto; de otro modo, corremos el riesgo de caer en arbitrariedades. Por su parte, el texto sigue un estudio serio del mismo, tal cual es, evitando la arbitrariedad, recuperando el derecho a ser respetado en su identidad histórica.

La formación que nosotros hemos recibido es demasiado conceptual, técnica y teórica. No hemos podido, a pesar de nuestros esfuerzos, superar el unilaterismo de nuestra formación porque consideramos más importante la mente que el corazón, lo racional que lo afectivo. De allí esa dicotomía que esteriliza nuestra vida y que no nos permite llegar hasta la profundidad de lo escrito, para que el texto penetre sin forzar su significado, con un método hermenéutico cerrado y así

lograr sumergirnos en la Escritura y captar matices que de otra manera pasarían desapercibidos. El pensamiento hebreo tiende más a la totalidad. Nosotros, los occidentales, buscamos más el detalle porque somos más analíticos; en cambio la Biblia y el oriente, son más sintéticos. La lógica occidental puede encerrarnos en una camisa de fuerza, mientras que la Biblia y el oriente dejan más espacio para la acción interactiva. Apelar sólo a la inteligencia empobrece la presentación del mensaje; pero al testimonio de vida separado de la reflexión teológica, le queda faltando el elemento que tempere la emoción.

No se trata de negar la racionalidad de occidente, para quedarnos con el sentimiento de oriente. Lo importante es llegar a una síntesis de los dos caminos, de los dos puntos de vista, de tal manera que la frialdad de la razón reciba el calor del corazón.

“...EL QUE INVESTIGA LA SABIDURÍA DE LOS ANTIGUOS...” (ECLO 39,1).

La tradición enriquece la lectura. Todos sabemos que los orientales se sienten fuertemente unidos a sus tradiciones y a sus antepasados. Estas características también las encontramos en el ámbito del conocimiento y de la hermenéutica. Las experiencias de los antepasados, la sabiduría de los propios padres, de los profesores, de los sabios y de los gurus juegan un papel muy importante en la búsqueda de la verdad y en la interpretación de los escritos religiosos. Confucio, el filósofo y gran maestro chino, se presentaba de esta manera: “No fui alguien que nació en posesión del conocimiento; soy una persona que ama a sus antepasados y soy sincero al buscar el conocimiento en ellos”.

“pregunta a tu padre para que te lo cuente...” (Dt 32,7). Esta frase pregunta a tu padre no significa solamente buscar en el pasado. Al mirar el pasado y sus continuos cambios, los orientales reconocen algo eterno, y al escuchar a sus antepasados experimentan una sensación de presencia y de comunión misteriosa.

Todo esto se puede aplicar a la lectura de la Biblia. De hecho, la Palabra coloca al lector ante la herencia de los creyentes que van desde los primeros protagonistas del Antiguo Testamento hasta nuestros días, creando así una solidaridad muy fuerte entre generaciones. Quienquiera que lea la Biblia experimenta los sentimientos de alguien que va hojeando un álbum familiar. Llega a conocer a sus antepasados en la fe y a contemplar las maravillas de Dios reveladas a ellos. Como comenta el autor de la carta a los Hebreos, él se siente rodeado de una gran nube de testigos (cf. Heb 12,1). De hecho, la Biblia reúne muchas historias de fe en una historia de salvación, y entrelaza muchos diálogos particulares en un gran diálogo entre Dios y la humanidad.

Los primeros Padres de la Iglesia son testigos privilegiados de la tradición. Su interpretación de la Escritura, aunque tenga sus límites, posee un valor especial por hallarse muy cerca de los orígenes y, también, porque, según indicó el Papa Pío XII en su *Encíclica Divino Afflante Spiritu*, su contribución proviene de un tipo de intuición profunda sobre las cosas del cielo, una inefable hondura de espíritu. Ellos iniciaron el proceso de inculturación y permanecerán siempre dentro de la Iglesia como los maestros y los modelos en esta tarea. Estos primeros Padres de la Iglesia, especialmente los orientales, usaron profusamente símbolos e imágenes, un lenguaje figurativo y expresiones sapienciales. Con estos elementos, los lectores orientales pueden sentirse más fácilmente como “en casa”, cuando se esfuerzan por interpretar la Palabra de Dios.

Es muy importante recordar que, enriquecernos con la exégesis realizada por otros, no sustituye nuestra lectura directa del texto. Implica, más bien, leer el texto

juntos, mediante un diálogo constructivo. Así lo describe un teólogo hebreo, F. Rosenzweig: “*Cuando un pasaje bíblico me interesa, leo todo lo que encuentro escrito sobre él en comentarios tradicionales, lo que ha supuesto en la historia hebrea así como lo que ha significado en la tradición cristiana...si yo me sorprendo transformando en uno de estos comentaristas de la Escritura, reconozco que he entendido el pasaje*”.

Si aceptamos que la sabiduría es práctica, la literatura sapiencial de la Biblia no es sólo una interpretación de la vida. El axioma *¡vive la Escritura y la entenderás mejor!* frecuente en la exégesis hebrea, lo podemos también nosotros compartir. Gregorio Magno, en una de sus homilías lo dice de forma muy clara: “*Quien quiera comprender lo que ha oído, procure poner en práctica rápidamente lo que ha entendido*”. La acción no es sólo una consecuencia de la comprensión sino que forma parte integral del entender. Hay un auténtico movimiento circular entre entender y hacer. Las palabras de Jesús ilustran esta idea: “Aquel que actúa conforme a la verdad, se acerca a la luz” (Jn 3,21).

ESTA PALABRA ESTÁ MUY CERCA DE TI, EN TU CORAZÓN

(Dt 30,14) Una lectura de corazón a corazón.

Es necesario que la Palabra de Dios se aloje en el corazón. El corazón es la sede, no sólo de los sentimientos íntimos, del amor, del deseo, sino también de la inteligencia, de la sabiduría, de la decisión y de toda la vida moral. Ahí es donde celebramos el encuentro con Dios. Es el terreno donde la Palabra crece, produce frutos y transforma la vida.

En el encuentro entre Cristo y los dos discípulos, camino de Emaús, Jesús los reprendió al comienzo de la conversación por ser torpes y duros de corazón (cf. Lc 24,25). Cuando Jesús les explicaba las Escrituras sentían que sus corazones ardían (cf. Lc 24,27). En el discurso inaugural de Aparecida S.S. Benedicto XVI se

hace eco de la súplica de los discípulos pidiéndole a Jesús “ Tu que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra, ayúdanos a sentir la belleza de creer en Ti” Nº 6

Acoger la Palabra de Dios significa cambiar el corazón. Los Padres de la Iglesia estaban convencidos de esto. San Gregorio Magno proclama: “Leer la Biblia es aprender a conocer el corazón de Dios mediante sus palabras”. Incluso Tomás de Aquino, cuando compara al lector con el discípulo amado que recostó su cabeza sobre el corazón de Cristo, afirma que leer la Biblia es entender las Escrituras, que muestran el corazón de Cristo, a través del propio corazón de Cristo. La interpretación bíblica no se agota con el texto o con el libro como tal, sino que tiene una función mistagógica, la de encaminar hacia el misterio de Cristo.

Escuchar la palabra: Existe un camino atrayente: ver cómo “acertaron” determinados hombres y mujeres bíblicos a la hora de escuchar la Palabra, acogerla y hacerla vida. Vamos a aproximarnos a tres de esas figuras- dos del Antiguo Testamento, Moisés y Jeremías, y una del Nuevo, María de Betania- y a dejar que el recuerdo que los escritores bíblicos han conservado de ellos, nos comuniquen algo de su secreto. Empecemos por algunos textos significativos:

Moisés, descalzo ante la zarza. “El Señor llamó a Moisés de en medio de la zarza: “Moisés! ¡Moisés! Él respondió: “Aquí estoy”. El Señor le dijo: “No te acerques. Quítate las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa” (...) Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios” (Ex 3,4-6).

“El Señor dijo a Moisés: “Haz dos tablas de piedra como las primeras, y yo escribiré en ellas lo que tenían las primeras que rompiste, y prepárate para subir mañana al amanecer y preséntate a mí en la cumbre del monte. Que no suba nadie contigo ni aparezca nadie en ninguna parte de la montaña, ni oveja ni buey”

paste junto a la montaña". El Señor descendió en la nube, poniéndose junto a él..." (Ex 34, 1-5).

El libro de Éxodo nos ofrece indicaciones preciosas para nuestra búsqueda de caminos de acceso a la Palabra:

- ✓ Aquí estoy: de la respuesta de Moisés (la misma de Abraham, la de los profetas, la de María de Nazaret...) aprendemos cuál es la actitud primera, imprescindible y decisiva para que haya un encuentro con la Palabra. Sin ella, la escucha y la respuesta serían imposibles, porque, si una de las partes implicadas en el diálogo no ofrece una presencia receptiva y atenta, no puede haber comunicación interpersonal ni diálogo.

- ✓ Quítate las sandalias.... prepárate....: aunque nunca será fruto de nuestro esfuerzo recibir la Palabra, tampoco podemos acercarnos a ella sin que toda nuestra persona (corporalidad, sensibilidad, afectividad, deseos...) participe en la tarea de preparamos y disponernos para acogerla. "Descalzarse", "subir al amanecer"...evocan un trabajo de esfuerzo y desprendimiento y revelan la tensión de un deseo y el sobrecogimiento ante lo que se intuye como posibilidad de desbordamiento, como proximidad de alguien cuya cercanía nos sobrepasa.

La nube nos recuerda que el encuentro con Dios no puede ser dominado ni poseído; que no podemos apoderarnos de él a través del órgano de la vista, que es nuestra manera habitual de entrar en contacto con la realidad. La "nube" impide ver, pero permite escuchar. Es la manera simbólica de decirnos que Dios queda fuera del alcance de nuestras ideas, de nuestras pequeñas representaciones, que no hacen más que aprisionarlo y convertirlo en un ídolo. Él es voz, nunca imagen; es un **MISTERIO** que nunca puede ser abarcado ni

dominado. Y, como Moisés, estamos convocados a sumergirnos, a adentrarnos en él, más allá de lo conocido.

Jeremías, devorado por el fuego “Cuando se presentaban tus palabras, yo las devoraba; tu palabra era mi gozo, la alegría de mi corazón, pues tu nombre se invocabo sobre mí, Señor de los ejércitos (...) Yo me decía: “No pensaré más en él, no hablaré más en su nombre”. Pero había en mis huesos como un fuego abrasador; quería contenerlo y no podía...” (Jer 15, 16; 20,9).

La experiencia de Jeremías nos pone en contacto con lo que podríamos llamar la “manera correcta” de entrar en relación con la Palabra: si con Moisés aprendíamos que queda fuera del alcance de nuestra vida (la nube), ahora sabemos que se nos ofrece *como alimento*. Es, por lo tanto, aquello que podemos saborear y de lo que nos nutrimos; es algo que nos hace crecer y fortalecernos; es algo que tiene que ver, fundamentalmente, con nuestra posibilidad de vivir.

Pero cuando la “devoramos”, cuando consentimos que penetre en nuestra vida, se convierte en un fuego que arde en lo más íntimo de nuestro ser. “¿Acaso no ardía nuestro corazón cuando por el camino nos explicaba las Escrituras....?”, dirán los de Emaús al tratar de explicar su experiencia de encuentro con la palabra del Resucitado (Lc 24,32).

La imagen nos pone sobre aviso: acercarse a la Palabra puede significar que ésta nos alcance, nos prenda, nos queme y arrase nuestra apacible comodidad, nuestra fría indiferencia; puede convertir nuestro corazón de piedra en una brasa, en un incendio... Y si nuestras manos no pueden tocarla, ni nuestra mirada poseerla, es porque es ella la que nos invade y la que toma posesión de nosotros.

Tu Palabra me da vida. La palabra de Dios, hablada primero, escrita después, ha llegado hasta nosotros en forma de libro. Es la Sagrada Escritura, a través de la

cual nosotros entramos ahora en el mismo diálogo que Dios tuvo con nuestros padres en el pasado. La tenemos ahí, al alcance de nuestros ojos, podemos caminar por ella adelante y atrás, una y otra vez, ahora y siempre. La palabra escrita no se resigna a ser un documento histórico del pasado ni una pieza de museo o de archivo, sino que nos empuja y nos provoca a tenerla siempre entre nuestras manos.

Esa palabra hablada y escuchada, escrita y leída, comienza a remover por entero la vida del hombre. Todo lo que en ella se contiene es para nosotros. En ella se nos dice cuál es el estilo de vida que Dios espera de los suyos. La palabra tiene que convertirse en sangre y en vida de nuestra vida.

Y, finalmente, esa palabra escuchada, leída y vivida, nos lleva, por un proceso tan sencillo como inevitable, a proclamarla a los demás. Nos saca de la contemplación para meternos de lleno en la acción, nos pone en camino con un mensaje para los hombres. Ahora, el silencio es imposible.

La palabra es así como una paradoja, ella ha sido acogida y rechazada; ha dejado fríos a unos y ha llenado de vida a otros. ¡Ojala todos los hombres nos dejemos seducir por ella!

La Palabra en Israel. Dios habló a un pueblo que tenía una idea muy especial del valor de la palabra. Israel se sintió fascinado por el poder de la palabra. En ella vio una realidad poderosa y eficaz, bienhechora o terrible, que podía cambiar bruscamente el curso de la vida de un hombre, darle bendición o maldición, prosperidad o ruina.

“Los israelitas imaginaron el mundo como una materia sin organizar. Frente a esta materia, opaca e inmóvil, aparece “el rugir de Dios, su Aliento poderoso, suave como una caricia”. Dios habla y su palabra se incrusta en el mundo, despertando a

las cosas de su sueño eterno, haciéndolas existir. Al conjuro de la palabra de Dios aparecen el cielo y la tierra, la luz y las tinieblas, los montes y los valles, los mares y los ríos, los peces y las flores. Y, por último, el hombre.

El hombre surgió de una palabra muy especial pronunciada por Dios: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”. La palabra es como la matriz en la que el hombre fue concebido. Desligado de ella, se muere sin remedio. Las relaciones de Dios con el hombre fueron deliciosas al principio de la creación. Pero el hombre rompió unilateralmente con el Creador. El pecado puso fin al cara a cara de cada día y a los diálogos vespertinos.

Escucha, Israel. En la Biblia, la comunicación entre Dios y el hombre no se establece a través de la visión, sino de la palabra oída. A Dios no se le ve, sino que se le oye; no entra por los ojos, sino por los oídos. Dios habla y el hombre escucha. Los profetas no hablaron de la visión de Dios, sino de la audición de la palabra: “Escuchad la palabra de Dios”. Los rabinos de Israel decían: “Estoy a la escucha”. Un contacto con la divinidad sólo era posible mediante el estudio de la ley y la escucha de la palabra.

Israel supo, desde el primer momento de su existencia, que se había comprometido a vivir una vida dialogal con Dios, en la escucha de su palabra. Dios es el que habla y el hombre es el que escucha.

¡Escucha! Esa es la palabra que aparece cientos de veces en la boca de los enviados de Dios. Profetas, sacerdotes, sabios, salmistas e historiadores la repitieron sin cesar. Antes de decir nada, antes de hacer nada, antes de emprender cualquier obra, lo primero es esto: escuchar.

¡Escucha, Israel! es la palabra que puede romper el corazón del hombre en mil pedazos. Dios suspira por encontrarse con unos oídos sin tapones y sin resistencias para la escucha de su Palabra.

El mundo entero, sin excepción, es urgido a la **escucha** para constituir un auditorio digno de la grandeza de Dios (Is 1,2; 34,1; Jer 22,29; 49,1; 31,10; Ez 6,3; etc.,). Cuando Dios habla hay que escuchar. Solo el silencio hace posible que la Palabra de Dios pueda entrar en el corazón y ser acogida en él: “Silencio de los labios, silencio de los sentidos, silencio de las miradas y de los pensamientos”.

“Guarda silencio y escucha, Israel” (Dt 27,9). *¡Calla y escucha!* Antes de ser invitado a escuchar, Israel fue urgido a callar. El hombre debe estar ante la Palabra en un silencio profundo, porque sólo en él florece la escucha de su Palabra. Lo que Salomón pidió al Señor fue sencillamente esto: “Dame un corazón que escuche; dame esa disponibilidad para escucharte, Señor, desde lo más profundo de mi corazón; ábreme el corazón para que sea capaz de acoger todo aquello que sale de tu boca”.

“El Señor Dios me ha dado una lengua de experto para que yo sepa responder al cansado. Cada mañana me despierta el oído para escuchar como un discípulo. El Señor Dios me ha abierto el oído” (Is 50, 4-5). Junto a un corazón oyente un oído abierto, como el de un discípulo, para escuchar la palabra del Señor. Mañana tras mañana él abre el oído de sus discípulos y los despierta para que escuchen su palabra, sin cansarse nunca jamás (Sal 40, 7-9).

Guardar la palabra. “Guarda mis palabras y conserva mis mandatos..., átalos a tus dedos, escríbelos en la tablilla de tu corazón” (Prov 7, 1-3; 2,1; 3,1; 4,20-21). La palabra debe ser guardada y conservada en el corazón como un tesoro de valor infinito y protegida como la niña de los ojos. La palabra no es un huésped de paso, sino que desea tener carta de ciudadanía en esta tierra. Aspira a nuestro

amor, a estar en el alma, a ser escrita en las tablillas del corazón, a ser guardada en nuestro pecho, a formar parte de nuestra sustancia vital. Quiere vivir con nosotros, en medio de nosotros, dentro de nosotros, en las fuentes mismas de nuestro ser.

El hombre debe dar albergue a la Palabra en su interior y ponerla en su seno y en su vientre, allí donde deposita lo que más quiere. Ella debe alimentar todos sus pensamientos y deseos. La Palabra es como el zurrón de viaje del hombre, su eterno acompañante. La tiene ante sus ojos y la lleva en el corazón. Así estamos seguros de que no ha sido pronunciada en vano. Alguien ha estado pendiente de los labios de Dios, alguien le ha oído y ha abierto de par su vida entera.

Meditar la Palabra. Para nosotros, la meditación es una reflexión intelectual sobre un tema que contemplamos desde diversos ángulos para sacar de él algo provechoso para nuestra vida. Pero, para un israelita, era algo muy distinto. Su actitud ante la palabra de Dios es expresada fundamentalmente con el verbo *hagá*, cuyo significado primero es gemir, gruñir, musitar, susurrar. Con él se expresaba el arrullo de la paloma, el rugido del león, el gemido del hombre. Sólo por ampliación es traducido por hablar o meditar.

Meditar es, pues, susurrar, recitar, repetir, gruñir la ley o la palabra de Dios. Se trata de un murmullo externo, que es perceptible al oído. Es como una rumia de la palabra. La Palabra depositada en el corazón vuelve a pasar de nuevo por la boca y se la mastica lentamente para sacarle todo su jugo (Sal 1, 1-2; Jos 1,8).

Meditar es adherirse íntimamente a la frase y pesar todas sus palabras para alcanzar la plenitud de su sentido. Eso significa asimilar el contenido de un texto por medio de una cierta masticación que le extrae todo su sabor. Significa, como dicen san Agustín, san Gregorio y otros santos, en una expresión intraducible, saborearla con la *palatum cordis* (con el paladar del corazón) o *in ore cordis* (en la

boca de corazón). Toda esa actividad es necesariamente una plegaria. La lectio divina es una lectura orante.

Memorizar la Palabra. Memorizar es aprender y repetir de memoria los textos escritos. La dignidad de la Palabra de Dios es tal que deberíamos hacer una obligación de nuestra vida el conocerla de memoria y recitarla sin cesar.

En nuestros días, las llamadas Yeshivot, o escuelas de teología de Jerusalén, perpetúan las tradiciones sagradas heredadas de la antigüedad. En ellas se puede apreciar lo que es la memorización de la Palabra.

“Una Yeshivá o escuela no se parece en nada a una universidad nuestra, donde los alumnos asisten a clase, toman notas o escuchan pasivamente. Una Yeshivá es como un campo de batalla, donde el estudiante emplea de 16 a 18 horas del día en musitar la ley, en rugirla, en decirla en alta voz, en un alboroto difícil de imaginar, hasta que la aprende de memoria, hasta que sueña con ella” (A. Chouraqui).

Actualizar o hacer memoria de la Palabra. Hacer memoria es hacer presente el suceso, hacerlo durar, darle, aquí y ahora, una nueva vida, vivirlo en este momento como si estuviera sucediendo ante nuestro ojos, meterse en él como si nosotros mismos fuéramos los protagonistas.

“*Zikkaron* significa celebrar hoy lo que nos ha pasado hoy, pero celebrarlo como si estuviera sucediendo en este mismo momento”. Esto es lo que distingue el recuerdo del memorial o *zikkaron*. Para los israelitas, el tiempo en cuanto tal, el pasado, el presente o el futuro, no contaba demasiado. Lo que importaba era el acontecimiento mismo. Lo decisivo no era el cuando había sucedido una cosa, sino lo que había sucedido, el hecho acaecido.

El israelita se metía dentro del acontecimiento. Nunca miraba los toros desde la barrera. Nunca decía: “Esto sucedió” o “en aquel tiempo”. Nunca era un mero espectador de las cosas que leía o escuchaba: no recordaba el éxodo: hacía éxodo; no recordaba la pascua: se sentía liberado; no recordaba la alianza: volvía a hacerla en cada momento con Dios. El Israelita se sumergía en los hechos, los vivía como si estuvieran sucediendo delante de él, se hacía contemporáneo de ellos, los hacía llegar hasta él, en la palabra que los proclamaba o anunciaba.

Cualquier suceso de la historia de Israel, cualquier palabra pronunciada por un profeta, por un sabio, por un apóstol o por el mismo Jesús recobra su vida misma ante mí, la siento dicha para mí, soy como su primer destinatario. Es como si el profeta estuviera delante de mí y yo le estuviera oyendo; es como si Jesús estuviera curando delante de mí y yo lo estuviera viendo. Eso es lo que significa *hacer memoria*. Si nosotros no somos capaces de recuperar ese sentido actualizante, quasi sacramental de la palabra, entonces la palabra de Dios será siempre para nosotros un acontecimiento del pasado que no incide en nuestra vida.

Recordatorios de la Palabra. La capacidad de distracción del hombre es grande. Por eso, los autores inspirados acudieron a ciertos trucos o recordatorios, con objeto de que la Palabra estuviera siempre en el interior del hombre por la meditación y en el exterior por algunas señales que llamaran su atención sobre ella. “Grabad en vuestro corazón y en vuestra alma estas palabras que hoy os digo, atadlas a vuestras manos como señal y ponedlas como frontal entre vuestros ojos” (Dt 11,18; 6, 6-8; cf Núm 15,37-41).

Los israelitas, siguiendo la orden de Dios, tenían que llevar flecos en las puntas de sus mantos. Era una especie de adorno formado por una serie de hilos de lana que colgaban de la tela. Cada vez que un hombre veía los flecos de su manto se acordaba de las maravillas que Dios había hecho.

Los israelitas, tomando en su sentido literal las palabras de Moisés, utilizaron también las filacterias, una especie de estuche de cuero, en el que se guardaba un trozo de pergamino en que estaban escritos cuatro pasajes de la ley, entre ellos el *Shemá* (Dt 6,4-9; 11,13-21). Todos los judíos adultos debían ponerse las filacterias en la frente y en el brazo izquierdo, a la altura del corazón, durante la oración de la mañana.

Israel, un pueblo para la Palabra Gracias a los profetas, a los sacerdotes, a los escribas y a los padres de familia la Palabra de Dios resonó en el mundo. Gracias a ellos nosotros la vivimos todavía. Pero el pueblo entero de Israel fue, por voluntad de Dios, un reino de sacerdotes y una nación santa (Éx 19,6). La llamada a la santidad resonó constantemente en sus oídos:

“Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Lev 19,2). “Sed para mí santos, porque santo soy yo, el Señor, que os he separado de las gentes para que seáis míos” (Lev 20,26; cf 11,44; 20,7).

Los rabinos llamaron a Israel *semilla santa* y dijeron cosas como estas: “Cuando sois santos, sois míos, dice el Señor...Israel ha recibido la orden de santificar el nombre de Dios” (R. Pinjás ben Fair). La santidad era el adorno de la vida de Israel. Viéndoles vivir, Dios era glorificado. Los rabinos invitaron a Israel a embellecer y a glorificar a Dios por su culto, por su fidelidad a la ley y, sobre todo, por su vida. “Aquel pueblo era como una semilla de santidad en medio del mundo; una nación reina, hija de reyes; santa e hija de santos”.

Su vida familiar fue admirable en muchos sentidos. Los padres enseñaban a sus hijos a caminar en la ley de Dios, en el respeto absoluto por la vida, el honor y la fama de los demás, en la práctica de la caridad, de la limosna, de la ayuda a los necesitados, de la hospitalidad, de la visita a los enfermos...así esa vida se

convirtió en una auténtica evangelización. Era como un imán que atraía la mirada de todos e imponía admiración y respeto. La vida de Israel proclamó ante el mundo entero la grandeza de Dios y atrajo los ojos de muchos hombres hacia él. *“Antes de hablar, la vida ya predicaba; antes de anunciar al Dios verdadero se le veía encarnado en la vida de muchos hombres. En la vida del pueblo elegido resplandecía la gloria de Dios. La palabra de Dios le incitaba a salir hacia los hombres. El silencio era imposible:*

“Yo te he puesto
como luz de las gentes,
para que llegue mi salvación
hasta los extremos de la tierra”

(Is 49,6; 42,6; 60, 3-4; Gén 12,3 Éx 19,5-6; Sal 47, 2-3; 97, 1.7).

La elección de Israel desembocó, necesariamente, en su misión. La iniciativa misionera no partió de Jerusalén ni del sumo sacerdote ni del sanedrín. Los grandes propagandistas de la acción misionera fueron una multitud de hombres anónimos que sintieron la necesidad de iluminar al mundo y de liberarlo del error. Otros hombres y otros pueblos podían aportar ciencia, arte, cultura, organización, filosofía. Pero Israel tenía una riqueza incomparable: **el Dios vivo, fuera del cual no hay otro.**

La propaganda fue hecha en las mil ocasiones de la vida de cada día: de esclavos a amos, de mujer a marido, de comerciante a cliente, de soldado a navegante. Así se fueron labrando tantas conversiones al Dios verdadero. Un lugar excepcional para la propaganda fue la sinagoga. Esta era el centro de reunión de los fieles israelitas. Muchos paganos se sintieron atraídos por aquellos lugares de oración. Allí se daban cita hombres y mujeres de las clases sociales más variadas. Los que llegaban por primera vez a la sinagoga veían rezar a aquel pueblo y oían hablar de su Dios maravilloso, de sus promesas y bendiciones y se convertían al

Dios de Israel o regresaban a su camino (G. Bardy). La propaganda judía utilizó también el arma de los escritos.

Los escritos contribuyeron de una manera decisiva a la difusión de la Palabra de Dios. Ahí ha quedado ese esfuerzo hecho por Israel para llevar al mundo entero a los pies del Señor. Eso es lo que nosotros no podemos olvidar ni pasar por alto. “La vida de Israel fue una proclamación poderosa de la Palabra de Dios y su mensaje que resonó en el mundo. Si su vida entró por los ojos hasta el alma, su palabra llegó al corazón por los oídos. No pudo guardar el manantial de aguas vivas que tenía en su interior. Su historia es nuestra propia biografía”.

Pero algo le faltaba y él lo sabía, y él lo esperaba, y él lo anhelaba: el Ungido de Dios, la Palabra hecha carne, Dios con nosotros.

NECESIDAD Y URGENCIA DE LA PREDICACIÓN

La proclamación de la Palabra es urgente. Los hombres están ahí y hay que ir hacia ellos, porque lo probable es que ellos no vengan hacia nosotros. La palabra no espera que las condiciones para su proclamación sean favorables; ella misma las crea. La ignorancia religiosa es cada día mayor. Muchos hombres, realmente buenos, viven alejados de aquello que puede dar un sentido pleno a su honradez. Dios cae fuera de sus inquietudes, de sus intereses y preocupaciones. Incluso en las filas del cristianismo, alguien lo ha dicho con mucha claridad, “*hay muchos creyentes, pero pocos convertidos*”.

El anuncio de la buena nueva se dirige a todos: a los creyentes, a los no convertidos, a los que no conocen el evangelio, a los que lo han olvidado, a los

que pasan de él, a los que nunca han llegado a él. Se dirige a los hombres que encontramos a cada paso de nuestro camino.

Como Elías, estamos *llamados a desafiar* a todos los falsos profetas y a hacer patente la unicidad de Dios; como Amós y Miqueas, nuestra misión es ayudar a superar el divorcio entre fe y vida y a hacer de los pobres, especialmente de los explotados, una opción preferencial; como Oseas, nuestra vocación es trabajar por la fidelidad de la Iglesia, mientras encarnamos la ternura de Dios y su constante empeño por la humanidad; como sucedió a Isaías, de nosotros se espera la visibilidad de la santidad de Dios; como a Jeremías, a nosotros se nos pide luchar contra toda forma de falsas seguridades, para poder edificar sobre roca y no sobre arena; como Ezequiel, nosotros debemos devolver la esperanza a un pueblo que siente el abandono y el silencio de Dios, soñar y diseñar su resurrección; como el *Déutero Isaías*, también nosotros debemos anunciar y guiar un nuevo éxodo; como Ageo y Zacarías, tenemos el deber de sacudir el entorpecimiento y la tibieza del pueblo que, desilusionado de la salvación de Dios, ha comenzado a vivir olvidándose de Él y centrándose en sus propios intereses.

Como Pedro, también nosotros estamos llamados a decir a esta humanidad: no tenemos oro ni plata, pero en el nombre de Jesús levántate y camina; y, finalmente, como sucedió a Pablo, nuestra vocación es defender la verdad del Evangelio y llegar a ser apóstoles incansables hasta que Cristo, y éste Crucificado, sea anunciado en todas partes.

Nuestra profecía no debe ser algo exterior a nosotros, como puede suceder con los profetas de desgracia, que no hacen sino anunciar calamidades y castigos; o con los profetas de corte que no hacen sino acariciar los oídos de los que los escuchan; o con los profetas de reivindicación social, que condenan un sistema político o económico y canonizan otro, sin ver la necesidad que hay de redimir toda realidad humana. “Nuestra profecía nace de la compasión de un Dios

apasionado por la salvación de los hombres y las mujeres de todos los tiempos. Si el profeta es el hombre o la mujer que conoce y sufre la pasión de Dios por su pueblo, de ella y por ella vive” (Abraham Heschel). La vida consagrada será profética si sabe dar testimonio de este amor apasionado de Dios.

La profecía de la vida consagrada es la de Jesús, el profeta de Dios, que, como nuevo Moisés, ha hablado con Dios cara a cara, para poder comunicar la voluntad y la palabra de Dios de primera mano, sin falsificarlas. Y esto es lo que salva, esto lo que Israel y la humanidad están esperando. La profecía de la vida consagrada es la de Jesús, que no vino a ser servido sino a servir, que vino no a hacer la propia voluntad sino la de su Padre, que no vino a traernos otra cosa sino a Dios. Ésta y no otra es la profecía que estamos llamados a encarnar en el mundo de hoy. Y *estar presentes para “comunicar nuestra vida, y anunciar la verdad”*.

No olvidemos que somos hijos e hijas de una tierra que nos grita *justicia*, hijos e hijas de una *tierra de dolorosa historia*, con las mismas *tensiones, contradicciones y franquezas*, pero también son portadores de un *grandes proyectos de espiritualidad y de fraternidad*, tierra de grandes posibilidades y de impulsos de solidaridad, *tierra de tantas pobrezas con nuevos nombres*, proyecto audaz de unidad y *encrucijada de individualismos nacionales*, tierra prometida y muchas veces negada a los pobres que llaman a nuestras puertas y piden un espacio de esperanza y de justicia. En este marco, la vida religiosa se presenta como “escuela de esperanza”, “escuela de reconciliación y perdón” y “escuela de hospitalidad, para dar espacio a Dios y a los otros, y escuchar el grito de los excluidos, de los humillados, de los desplazados”.

“Creemos que una comunidad evangelizada está llamada a evangelizar. Es una misión que se realiza de modo nuevo: con una presencia humilde, con una misión siempre nueva

Dar vida a la Palabra “El que habla en nombre de Dios tiene que mojar la palabra en su propia sangre”. El sacerdote tiene que dar vida a la Palabra. Paul Tilich denunció en uno de sus días: “Ya no tenemos voces en las que aliente el poder de la Palabra”. Jamás nos *desmelenamos* ante el más bello de los anuncios. No gastamos ni una caloría en proclamar la Palabra de Dios”. El mensajero tiene que dar calor y vida a la Palabra.

Anunciar la Palabra. El cristianismo tiene que estar encarnado en la vida antes de ser expuesto por la Palabra. Pero el cristianismo es una religión explosiva, hecha para el avance y la conquista. “Porque incluso la vida más bella se revelará, a la larga, como un testimonio ambiguo, si no es esclarecido por un anuncio explícito del Señor”. No hay verdadera proclamación ni verdadera evangelización mientras no se anuncie el nombre, el mensaje, la vida, las promesas y el misterio de Jesús, el Hijo de Dios” (*Evanegelii nuntiandi* EN, 22. La Palabra no sólo tiene que entrar por los ojos, sino también por los oídos.

“El silencio de los fieles no es bueno ni puede ser bueno”. Hay que explicar claramente cuál es la realidad que hace brillar los ojos y el rostro, como si estuviera ungido con aceite de júbilo. Los no creyentes y los indiferentes tienen derecho a saber, a ser iluminados. Sus interrogantes, mudos en la mayoría de los casos, han de ser respondidos. Así, la Palabra ya no entra sólo por los ojos, sino también por los oídos. El testimonio que se vive tiene que ser explicado a los hombres”.

La Palabra tiene que salir de la Iglesia y llegar a las escuelas, a los comercios, a las clínicas, a las fábricas, a los lugares de vacaciones, a la radio, a la prensa, a la televisión, al Internet. Allí donde están los hombres debe haber alguien que crea en Jesús y que hable de él. La vida de cada día ofrece mil oportunidades para el anuncio de la palabra. Allí donde hay un fiel cristiano tiene que haber un apóstol.

Hombres no han de faltar, noticias alegres que comunicar, tampoco (EN 70; cf ChL 28.35). Esa es la responsabilidad de todos y de cada uno de los fieles.

Gente de todos los estratos, de todas las clases y de todas las razas dieron su adhesión a la buena nueva. Tertuliano escribió: "Si los cristianos desaparecieran, las ciudades se quedarían desiertas. Somos de ayer y llenamos el orbe". Era, sin duda, una muchedumbre abigarrada a la que nada, en apariencia, hubiera podido unificar: niños, jóvenes, ancianos, patricios, libertos y esclavos. Pero la fe cristiana niveló todas las diferencias de edad y de condición social. Se llamaban hermanos y se amaban de verdad. Los papas Pío y Calixto fueron de origen esclavo. ¡Quién lo hubiera podido imaginar! ¡Las grandes familias romanas recibiendo la bendición de manos de un esclavo!

Las mujeres jugaron un papel muy especial en las comunidades cristianas desde el principio y contribuyeron de una manera decisiva a la difusión de la buena nueva. La Iglesia, con toda probabilidad, fue preponderantemente femenina. Sólo ellas podían entrar en los feneceos y llevar a esas habitaciones, estrechas y malolientes, la Palabra del Señor. Las mujeres cristianas arrancaron al pagano Libanio este grito de admiración: "*¡Qué mujeres encuentra uno entre los cristianos! muchas de las conversiones de los primeros años fueron debidas a su ejemplo, a su celo y a su vida intachable e irrepreensible. La mujer llevó una gran parte del peso del evangelio.*

Así se esparció el cristianismo. Aquellos hombres y mujeres se convirtieron, con su vida y con su palabra, en pregoneros poderosos de la Palabra de Dios. Con su vida bella y con su palabra ardiente llevaron las buenas noticias de Jesús por los caminos de todo el mundo. Los nombres de Pedro o de Pablo "no pueden hacernos olvidar a esa muchedumbre de fieles que propagaron la palabra de gracia, de la cual nosotros vivimos todavía".

Hoy más que nunca la Vida Religiosa debe afinar el oído y escuchar a Isaías que nos pregunta: “**Centinela, ¿qué ves en la noche?**” (Isaías 21,11).

Debemos conocer el desafiante horizonte ensombrecido; ¿en qué medida y con qué hondura estamos sumergidos en la noche? Toda visión profética, por muy consciente que sea de su modestia, es, en primera instancia, un ejercicio crítico de discernimiento para hacerse cargo de la realidad.

La segunda finalidad consistirá en indagar si en el seno mismo de la noche percibida con su hondura inquietante se pueden ver, o al menos atisbar, algunos signo positivos, capaces ya desde ahora de robustecer y dar razón de nuestra esperanza y, en consecuencia, de animarnos a seguir buscando con el propósito firme de roturar caminos nuevos mejor iluminados, siempre posibles.

No podemos seguir pensando que tomamos a Jesús en serio sin prestar demasiada atención a lo que sucede en el mundo que nos rodea. La espiritualidad de Jesús fue totalmente contextual. Él leyó los signos de su tiempo y enseñó a sus seguidores a hacer lo mismo (Mt 16,3-4). Nos tomamos a Jesús en serio cuando, entre otras cosas, empezamos a leer los signos de nuestro tiempo con honradez y sinceridad.

Ahora nos estamos encaminando hacia la sexta extinción, pero esta vez no es probable que sea causada por un asteroide que choque contra la tierra, sino que será el resultado del egoísmo humano. Todos conocemos la historia de la destrucción del medio ambiente: contaminación de ríos y océanos, la destrucción de los bosques, la erosión del suelo fértil, el calentamiento global. La globalización contra la que muchas personas en todo el mundo protestan actualmente es la globalización de una cultura económica específica: el capitalismo neoliberal, una cosmovisión completamente materialista basada en principios de supervivencia de los más aptos; una cultura que destruye otras culturas y sabidurías indígenas y

hace que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres en todo el mundo.

En la Vida Consagrada experimentamos que estamos arrebatando lo que un día entregamos. Es por eso que vemos sombras como:

- la pérdida del celo misionero,
- un sensualismo progresivo,
- mayor preocupación por el profesionalismo que por el fervor apostólico,
- la instalación en la mediocridad que se vuelve norma,
- la tacañería con mi tiempo y talentos.
- Vemos que con el paso del tiempo, el fuego y la pasión que antes brotaban de nuestro compromiso, terminan por extinguirse

Los signos de nuestro tiempo son asombrosamente ambiguos y confusos. Hemos entrado en una época que está llena de promesas, pero cargada de inimaginables peligros.

El hambre de una nueva espiritualidad es un signo de esperanza. El deseo de justicia, paz y cooperación es alentador. Las nuevas voces desde abajo y la globalización de la compasión hacia quienes están más necesitados son prometedoras. Se reconocen los peligros del individualismo, pero son muchos los que en este planeta tierra desean salir de ese terrible flagelo.

Jesús fue un campesino judío, y su espiritualidad encontraría su inspiración original en las Escrituras hebreas. Su mundo judío sufría las consecuencias de la globalización del Imperio Romano, que ejercía una influencia cada vez mayor en la vida del pueblo. Todo estaba acaparado por los ricos y poderosos de su tiempo. Jesús no fue un reformador. No propuso algunas mejoras a su creencia y las prácticas religiosas de su tiempo, a la manera de un remiendo en un vestido viejo.

Él pretendió algo más radical que eso. ***Estuvo empeñado en una revolución social***, no en una revolución política; una revolución social que exigía una profunda conversión espiritual:

- El amor por encima de todo. (Mt 5,38-43; Lc 6,27-37)
- Los pobres son dichosos (Lc 6,20)
- Todos los seres humanos son iguales en dignidad. (Mc 9,33-37; Lc 10,21; 7,39; Jn 8,1-11; Mc 10,31)

Hay quienes hablan claramente de cierto “ateísmo interior” y, lo que es peor, quien detecta en nuestro espíritu creyente zonas de nihilismo, en las que se suspende o adormece la fe; son sectores de nuestra vida que alienta literalmente como si Dios no existiera. Pero en medio de la noche, la **fe**, y la actitud vigilante de los profetas centinelas de Israel y del salmista, “pendiente de Yahvé, como los vigías de la aurora” (Sal 130). La misma vigilancia tantas veces recomendada por el Señor Jesús: “Dichosos los criados a quien el amo encuentra en vela a su llegada! Os aseguro que los hará entrar a la mesa y se pondrá a servirlos él mismo” (Lc 12,37).

La noche en nuestro acontecer cotidiano, experimenta que sólo Dios “es luz y en Él no hay tiniebla alguna” (1Jn 1,5). Sólo ante Él la noche brilla como el día. Sólo en el seguimiento de Jesús nos mantenemos vigilantes de cara al “resplandor de su venida” (2 Tes 2,8)

La noche que vieron los Profetas: Jeremías 14,17-18; Amós 2,6-7; Miqueas 2,1-2; Sofonías 3,1-4. *¿Qué noche veo yo en el lugar donde vivo?*

Estamos seguros que el Señor ha de venir como “*la estrella radiante de la mañana*” y *cuya venida aguardamos anhelantes*. “*Ven y el que oiga, diga ¡Ven!*” (Ap 22,16-17). Seguro que Pablo tiene razón (Rom 13,12): “El día ya está cerca”.

“Sois hijos de la luz, hijos del día” (1Tes 5,5). “.. No habrá ya noche, no tendrá ya necesidad de la luz de una lámpara ni del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap. 22,5). Yo soy la luz del mundo (Jn 8,8)

“... como hijos de Dios sin tacha en medio de esta generación corrupta y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas, en el mundo, presentándole la Palabra de vida” (Flp 2,14ss). Es esto lo que tenemos que hacer: vivir en medio del mundo como antorchas ardientes, ser portadores de la Palabra de la vida.

Se trata de irradiar la alegría de nuestra vida consagrada y de no sentirnos arrepentidos en nuestra entrega. No arrastrar nuestra consagración, sino gritar la alegría de nuestra oblación, de nuestro encuentro.

Exigencias de la luz en nosotros: La fe; hemos vaciado mucho nuestro cristianismo y hemos secularizado también nuestra consagración religiosa. ¿Por qué pretendemos darle explicación a todo? ¿Por qué queremos dar explicaciones humanas a todos los problemas de la castidad consagrada, a todas las exigencias de donación de la obediencia?

La contemplación. Ella nos hunde en Cristo, que es la luz y nos hace a nosotros luminosos. Cuanto más serena y más honda sea nuestra intimidad con El nuestra vida será más transparencia suya.

El seguimiento de Jesús, para no andar en tinieblas (Jn 8,12) pendiente del Señor más que los centinelas de la aurora (Sal 130,5-6).

Zona de mayor vigilancia: la Verdad. La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira. Ya se sabía que la Verdad era la primera víctima en cualquier guerra, pero, desgraciadamente, también en cualquier paz; sobre todo, cuando la amenaza bélica y terrorista y nuclear se desatan en contienda

mediática, que no cesa.

Nuestro Desafío en la Misión, Recuperar la Familia

La familia, hogar de la Palabra. “Los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Son para sus hijos los primeros predicadores y educadores de la fe, los forman con la palabra y el ejemplo para la vida cristiana y apostólica, los ayudan prudentemente a elegir su vocación y fomentan con todo esmero la vocación sagrada cuando la descubren en sus hijos” (*Apostolicam actusositatem*, 30; chL 62).

El niño asimila lo que le entra por los ojos y por los oídos. “*El ejemplo de los padres imprime carácter*”. “Lo que ellos dicen y hacen penetra hasta el fondo de su alma, como algo que cala mansamente. Es como el aire de familia que nunca abandonará al hijo. Aunque la vida le zarandee, jamás olvidará aquellos primeros amores. Podrá sufrir grandes crisis, abandonar incluso la práctica de la religión, pero quizá nunca conseguirá olvidar lo que mamó de su padre y de su madre. Si no recibe ese catecismo familiar es más que probable que algo le falte al hijo durante toda la vida. Entonces sí que se puede temer lo peor”. “Introducir a los hijos en ese mundo sagrado es tarea y misión de los padres. La tierra buena del alma del niño espera la palabra de Dios de aquellos que le han dado la vida. Es una tierra virgen, en la que todavía no hay nada sembrado, tierra que espera dar sus primicias. La primera educación del niño tiene una importancia decisiva para el resto de su vida. Por eso, los padres deben ser plenamente responsables del bien que Dios les ha encomendado.

“La madre, sobre todo, juega un papel insuperable. Todo lo que ella dice, hace, sugiere o inspira, tiene, para el niño, como un valor normativo. Por su sangre, por

su sonrisa, por su modo de ser y de actuar, pasa a los hijos lo mejor de su vida. Ella puede engendrar en ellos ideales de belleza, de honradez y de generosidad. La madre determina, con frecuencia, el destino de sus hijos”.

El “saber de la familia, que es sabiduría del Amor” “*Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: Qué son estos estatutos y estas normas que Yahvé nuestro Dios nos ha mandado?*” Dt.6,20 Es el precepto que encomienda a los padres transmitir a sus hijos la verdadera sabiduría, pero no concluye en los hijos, sino que persiste hasta los hijos de los hijos (nietos). La familia es el eslabón principal de esta cadena, es la piedra fundamental en la cual se construirá la nueva generación. Por ello es importante que su casa sea el punto de reuniones familiares, de sus hijos y de sus nietos, proporcionándoles así un marco apropiado.

Recordemos nuestra infancia; las fiestas, las cenas y los ritos que en casa de los abuelos, y con toda la familia festejábamos y estos encuentros se fueron haciendo un sello candente que grabó en nosotros toda una pertenencia a la FE de nuestra familia, que perdura viva y difícilmente se borrará. Ustedes probablemente lo hayan experimentado también en casa de sus padres o abuelos, pero si ahora las familias de nuestros alumnos no le brindan esa oportunidad a sus hijos o nietos ¿Quién se lo brindará a ellos? ¿Quién grabará en sus tiernos corazones la experiencia y sabiduría de un cálido encuentro familiar, de una mesa servida que reúne a su alrededor papá, mamá abuelos y hermanos?

Como dicen nuestros sabios, “***Cuando veas los hijos de tus hijos***”, entonces la paz será sobre Israel”. Al ver que los hijos de nuestros hijos continúan en ese rumbo, podemos estar tranquilos que por parte nuestra el eslabón en la cadena eterna de la misma fe, estará firme y seguro.

Actualmente los abuelos suelen pensar que son un peso en la familia, o que sólo están para pasear a los nietos. Al contrario, “***Lo que hemos oído y aprendido, lo que nuestros padres nos contaron, no lo callaremos a sus hijos, a la otra generación lo contaremos***” (ps 78) le encomienda a los abuelos una noble e importante tarea: educar a los nietos. Por supuesto que esto no implica reemplazar a los padres de los nietos ni interferir en la educación que los padres le brindan, sino más bien, transmitir los valores de nuestra raza. Muchas veces el niño escucha más al abuelo que al padre. Esto tiene una explicación lógica y pedagógica: con el abuelo lo une todo un afecto, los abuelos son los que los consienten, con ellos no tienen que discutir si pueden ir o no a la plaza a jugar y dejar las tareas para más tarde, los abuelos no imponen castigos... Por lo tanto, a diferencia de los padres, los abuelos tienen sólo el aspecto positivo y es por eso que pueden llegar más a los corazones de los jóvenes.

No debemos desaprovechar esta oportunidad. Qué mejor que transmitirle nuestros máspreciadosvalores, nuestra fe, nuestra esencia que en realidad será su esencia, qué mejor legado para nuestros nietos... Qué mejor manera de trascender, de sellar nuestro paso por la vida...

Preparémonos para tal desafío, cultivemos y profundicemos nuestros conocimientos eternos, fijemos un tiempo para estudiar acerca de lo que creemos, para así poder transmitir la sabiduría como en generaciones pasadas

Recordemos también, cuando se llegaba la hora de salir de nuestra casa para ir al colegio: siempre había una despedida con una bendición acompañada de unas palabras amorosas, como ésta que tanto recuerdo: “ya sabes lo que se te espera en el colegio, así es que aplica el cuento y estudia con todas tus fuerzas”.

Si los padres de hoy día tuviesen el acierto, en el contexto de la sociedad actual, de trasmitir a sus hijos la sabiduría que algunos padres consiguieron impregnar en

generaciones pasadas, otro gallo nos cantaría. Si en lugar de juzgar a la Iglesia y de maldecir las leyes y preceptos establecidos, nos preocupáramos un poco más de la educación en valores en el seno familiar, de tomarnos en serio esto de dirigir y revisar el proceso formativo y educativo de nuestros hijos, desde la responsabilidad y desde la lucha continua, es posible que hayamos sido lo suficientemente inteligentes como para dejarles la mejor herencia posible.

Me gustaría dar desde aquí una palabra de aliento a esa legión de hombres y mujeres que viven de la palabra y la sirven: a los catequistas que la cultivan en el corazón de los niños, de los adolescentes y de los adultos; a los profesores de religión que la dan a conocer y la hacen amar; a los profesores de Biblia y de teología que la investigan y exponen; a los escritores que la sacan de las aulas y la llevan a todos los rincones. Con la palabra hablada o escrita, ellos estimulan, orientan y marcan el camino hacia esa bendita playa donde todos nuestros anhelos serán saciados y donde la muerte será transformada en vida.

Estamos convencidos de que una nueva tierra tiene que labrarse para que nazca llena de colorido la justicia y haya pan abundante para todos. Al margen de las sombras grises que nos acechan por el camino: falta de respeto a la vida, violencia y sufrimiento, guerras fratricidas, la vida consagrada reafirma su deseo de vivir con fidelidad a su Señor y de estar muy cerca de esta humanidad sufriente y desorientada para animarla en la esperanza.

Nuestras comunidades de consagradas y consagrados encienden, en este día, su candil de aceite, para elevar a las alturas su oración como incienso al caer la tarde. Cuando avanzan las sombras de la tarde porque el sol declina, la vida consagrada se arrodilla en la penumbra del rincón y canta agradecida: ***¿Cómo te pagaré, oh Señor, todo el bien que me has hecho?*** Un agradecimiento asombrado llena nuestra boca de risas y nuestra garganta de cantares porque el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres. En estos tiempos recios,

de crisis y cambios impresionantes que nos están tocando vivir, no nos sentimos perseguidos, ni marginados; nos sentimos convocados a colaborar con todos los hombres y mujeres a construir el Reino de Dios que avanza entre nosotros y quiere llegar a todos, y a todas. No queremos sentirnos víctimas sino testigos. No buscamos grandezas ni números sino entrega y gozo en el Señor Jesús para acompañar a los más pequeños y olvidados.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1996.) Federación Bíblica católica. V Asamblea Plenaria.
- AA.VV. (2008). La Palabra de Dios, como centro del Sínodo. Vaticano: Observatore Romano.
- Aguirre, R. (1994). Reinterpretar la Palabra hoy. Cómo leer de forma creyente los textos fundantes de la fe. Santander; Sal Terrae.
- Alday, J. M. (2008) ¿Es profética la Vida Consagrada? Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Alonso Rodríguez, S. M. (2006). Una Pasión de Amor. Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Arrondo Vázquez, J.F. (2005). “Hay mayor alegría en dar que en recibir”. Santander: Sal Terrae.
- Baltasar, H. U. (2007). Contemplación. Encuentro.
- Barragán Mata, V. (1990). Tu Siervo Escucha. Acogida de la Palabra. Ediciones Paulinas.
- Berger, K. (2001). ¿Qué es la Espiritualidad Bíblica? Fuentes de mística cristiana. Santander: Sal Terrae.
- Bianchi, E. (2005). Una Vida Diferente. San Pablo.
- Biblia de Jerusalén
- Borragán Mata, V. (2000). Seducidos por la Palabra. San Pablo.
- Calvo Pérez, R. (2005). Diccionario del Animador Pastoral. Monte Carmelo.

- Díaz Mateos, M. (2001). *Le Hablaré al corazón*. Colección Sauce.
- Emilio, L. (2003). *Mazariegos*. Dabar, una pasión por la Palabra. Dabar.
- Flecha, J. R. (1998). *Buscadores de Dios*. I.II.III. Sígueme.
- García Paredes, J. C. R. y Prada, F. (2008). *En la Escuela de la Palabra*. Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Häring, B. (2005). *Palabras de Misericordia*. Lumen.
- Jiménez G, H. (1998). *Hermenéutica*. Fascículos.
- Ko Ha-Fong, M. *Como leer la Biblia dentro de un contexto Asiático*.
- Mercier F, R. (1997). *Lectio Divina y Espiritualidad Bíblica*. Colección Iglesia en misión 8, CELAM.
- Nolan, A. (2007). *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*. Santander: Sal Terrae.
- Nuñez, J. G. (2004). *La vida religiosa y las fronteras de la misión*. CONFER.
- Prado, F. (2004). *Vida Consagrada en el mundo: Tendencias y Perspectivas*. Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Richard, P. (1998). *El Movimiento de Jesús antes de la Iglesia. Una interpretación liberadora de los Hechos de los Apóstoles*.